

Pags. 154-155

«Es por del contrato», dijo Emma, decidida. Siempre había sabido apañárselas. Había tenido que enfrentarse a monigotes como ése e incluso más temibles mil veces. No podía dejarse intimidar por ese novato. «Ha llegado a mi conocimiento que las cartas de renovación ya han sido enviadas.»

El jefe tamborileó con la estilográfica sobre el anaquel de cristal. La escrutó, molesto por la iniciativa de esa humilde subalterna. Se quedó sorprendido al constatar que se trataba de una rubia notable. Algo ajada, tal vez, pero sin duda alguna desperdiciada en un puesto de telefonista, de la que, como mucho, los usuarios sólo podría apreciar e timbre de su voz. Se lo confirmó. «La empresa ha decidido poner en marcha una estrategia de comunicación más moderna y más eficaz. A partir de esta primavera, los trabajadores a los que se renueve serán informados directamente desde los ordenadores.» «¿Y los demás?» Emma, firme. El jefe exploró con sus inexpresivos ojos la anatomía de la empleada. Carnosos labios de color cereza, una delantera opulenta. Lástima no haberse dado cuenta antes. Aunque tal vez sea una suerte: las relaciones personales están severamente prohibidas por el reglamento de la compañía. Por un polvo como ése, uno se juega el puesto. «Los demás no recibirán el mensaje.»

«¿Me está usted diciendo que me he quedado sin trabajo?», dijo Emma. Habría querido decirlo con una voz dulce, humilde y sumisa, pero en cambio lo dijo con un tono agresivo, como si quisiera descuartizar a ese monigote que no llegaba a los treinta años y que echaba a la calle a una madre de familia. Un niño de papá, licenciado en Económicas, con algún máster hecho quién sabe dónde, sin la más mínima idea de lo que significa sacar adelante a dos hijos estando una sola, y buscarse un trabajo a las puertas de los cuarenta -cuando lo primero que te preguntan en las entrevistas de selección de personal es: ¿está usted casada?, ¿tiene hijos? Como si el tener hijos nos hiciera ser minusválidos e inútiles. Lo que, en cierto sentido, no deja de ser cierto, porque ningún trabajo, ni siquiera el que ha soñado durante toda su vida, podría competir con Kevin y Valentina. Cuando un viejo amigo le había propuesto salir de gira con un grupo bastante decente de *smooth jazz*, ella renunció a hacerlo, porque esa gira la habría llevado demasiado lejos. Había buscado un trabajo diurno, y a tiempo parcial. Fue acumulando una deprimente cantidad de negativas hasta que, al mantener la entrevista con el jefe monigote de este replicante más joven, le había garantizado que no estaba embarazada, y que no tenía hijos. Había tenido que borrar a Kevin y a Valentina, a pesar de que ellos eran el único faro que ofrecía un rumbo a su confusa vida, y su única luz.

«No», respondió el monigote, vagamente. «Sólo que los demás no recibirán el mensaje.» «¿Ya han sido enviados todos los mensajes de renovación?», preguntó Emma. Su voz chirriaba como una uña sobre una pizarra. El joven jefe, molesto por la descarada franqueza de la operadora, se levantó para darle a entender que tenía que marcharse antes de que esa conversación tomara unos derroteros desagradables. «Es probable, pero no soy yo quien se ocupa de eso», la previno, esforzándose en seguir sonriendo. No habría sabido decir por qué era, pero tenía miedo de que esa mujer orgullosa y agresiva le clavara el abrecartas en el corazón. «Se lo ruego», susurró ella pese a todo, con una voz quebrada que nunca se habría esperado, «no puedo permitirme perder este trabajo. No me haga esto, siempre he trabajado bien, incluso me propusieron pasar desde atención al cliente a la sección comercial, nadie se ha quejado de mí... No estoy sola, yo tengo, no puedo, a usted tal vez setecientas mil libras al mes le parecerán una nimiedad, en cambio...»

«Yo no soy quien decide qué operadores son los no renovados», dijo eufemísticamente el jefe, atrincherado detrás de su escritorio, mientras la sonrisa de circunstancias se le marchitaba en la boca...

DECIMOQUINTA HORA

Te mataré en cuanto aparezcas por esa verja. Te dispararé con la Springfield Armory 1911-A1. La he engrasado con el lubricante que en cierta ocasión me bebí para envenenarme. Está cargada: siete tiros más uno. Aunque no fuera el tirador que soy, no puedo fallar el blanco. La compré para ti, aunque entonces no lo entendieras y me echaste en cara haber malgastado cinco millones por una pistola que nunca utilizaría. Pero la voy a utilizar, y eso que ni siquiera he acabado de pagarla, sólo los primeros plazos. Una calibre 45 Acp, reglamentaria en los cuerpos especiales americanos de operaciones antiterroristas y de rescate de rehenes. Fue por eso por lo que la quise. El mal te tiene como rehén y yo te liberaré. Te dispararé en cuanto te dirijas hacia el bar Vinicio's donde todos los días, desde hace seis meses, almuerzas una pizza pequeña sin mozzarella, o un bocadillo vegetal, o un sándwich de atún y tomate. Te dispararé cuando pases por delante de mí y finjas no conocerme. Pero si me saludas, te apuntaré a la espalda y así te respetaré la cara. Te dejaré tu belleza, una vez muerta ya no podrás abusar de ella. No, no basta. Sería demasiado fácil, como en el campo de tiro, contra el fantasma de la silueta. Cuando disparo, tú eres la silueta, tú eres el blanco. No encontraría ningún alivio en ello -lo he hecho ya tantas veces. Te asaltaré cuando cruces la calle y te pisotearé, y notaré el crujido de tus huesos y no van a poder identificarte, tendrán que mirar los documentos para descubrir que ese bulto despanzurrado en el asfalto eras tú.

Pero los tribunales, las salas de justicia, las oficinas en las que había tenido que entrar eran viejas y pobres, los hospitales en los que la habían tenido que tratar eran viejos y pobres y, para terminar, tampoco a los carabineros les iban las cosas demasiado bien. ¿De verdad podrían ayudarla? Sin embargo, no tenía elección. República Italiana. Yo también italiana. Viva Italia. Cuando se sentó frente al mariscal, percibió que lo único nuevo que había -chillón sobre la pared- era un póster que hacía promoción del cuerpo de los carabineros. Un chico y una chica de uniforme, muy fotogénicos, sonreían bajo la inscripción ÚNETE TÚ TAMBIÉN A LAS FUERZAS ARMADAS. «¿de qué se trata?», le preguntaron. Emma respondió, segura. «Quiero denunciar a mi marido. »

«Desde que se dictó a sentencia de separación se ha ido volviendo cada vez más agresivo», dijo, esforzándose por adoptar un tono neutro, convincente y distante. El teclado del ordenador empezó a repiquetear. Y toda su determinación la abandonó. Se sintió confundida. Con la cabeza completamente vacía. Porque sólo hay un modo justo de hacer las cosas y cien mil modos equivocados. «Hoy ha perdido el control y ha intentado matarme», dijo, y mientras tanto pensaba qué estoy haciendo. Antonio. Antonio mío. Si lo denuncio, se va a derrumbar. Lo van a suspender. El trabajo es todo lo que le queda. Si digo la verdad, le quito la única posibilidad de recuperarse. Y estos hombres, ¿van a creerme? Investigarán sobre su vida, y sobre la mía, y la mía no les gustará, es tan desordenada e incoherente. Pero si al final, a pesar de todo, lo condenan le van a quitar también los niños. ¿Tengo derecho a hacerlo? Los niños lo necesitan. Qué clase de madre sería si también les quitara esto. Les he quitado todo. Les he obligado a seguirme. He sacrificado su futuro por mi desamor y, sí, también por mi alegría -las ganas de vivir que él no consiguió arrebatarme. ¿No es bastante ya? Después de todo, Antonio no me ha matado. Y a ellos nunca les ha hecho daño. Ni siquiera Dios, cuando dictó sus mandamientos, consideró que fuera necesario recordarle a los hombres que tenían que honrar a sus hijos. Es natural. Es obvio. Es a mí a quien odia. Y yo lo odio también. Nos dejamos vivir, es ésta nuestra condena. Los dos chicos del póster la invitaban a seguir adelante. A tener confianza. ÚNETE TÚ TAMBIÉN A LAS FUERZAS ARMADAS. Pero ella enmudeció.

«No quiero que Guendalina crezca con una persona de color; no es por racismo, al contrario, yo creo que los negros son bellísimos, una raza verdaderamente superior, piensa en Carl Lewis, Denzel Washington, Naomi Campheil, pero es que podría provocarle una crisis. De identidad, quiero decir, al fin y al cabo ella es blanca.» Maja se preguntó cómo podría mover el plato sin llamar la atención: tenía miedo de que el bolsito acabara manchándose. No por nada, se trataba de un modelo creado para ciento cincuenta ejemplares y estaba destinado a ser de princesas, estrellas del pop y esposas de sultanes -lo había podido obtener únicamente gracias a su amistad de hacía décadas con la directora comercial.

«Las mejores son las polacas», dijo suavemente la madre de Matilde, «mi párroco podría...» «¡Ah, no!, las polacas no, no coja a una polaca, señora Fioravanti», dijo una mujer cuyo nombre en vano intentó recordar Maja, ya le había sido presentada y no podía preguntárselo de nuevo, «se lo desaconsejo, yo tuve a una ucraniana: comía ajo, apestaba.») «De todas maneras, yo creo que Ucrania ya no está en Polonia», observó Maja, hincándole el diente a una cereza que desgraciadamente sabía a plástico. No estaba contenta con el catering. En modo alguno. Con lo que le había costado, unos canapés pringosos de mayonesa y un jamón seco como una suela de zapato, una auténtica estafa. Esperemos que, por lo menos, los animadores sean buenos, me han asegurado que son los mejores de Roma. El mago sabía lo que se hacía, en efecto. Sus trucos con los conejitos y las cotorras han dejado a los pequeños con la boca abierta. «Más bien está en Rusia, ¿no?», dijo la madre de Carlotta, distraída de inmediato por un merengue. «Mi polaca es una buena empleada», gimió la madre de Matilde. «Pero se viste mal, se compra los zapatos en el mercadillo, es muy desastrada, querida», insinuó la madre de Guendalina con una sonrisa ácida, «en mi opinión, tendrías que buscarte a otra que se presente mejor, no es por meterme donde no me llaman, pero da mala impresión» «Ah, no me importa, plancha las camisas como mi abuela, las otras no saben planchar, tal vez sea porque en sus países no tenían plancha.» «Pero ¿cómo?, ¿de verdad no tienen planchas?», se sorprendió la desconocida, ¿quién demonios era?, «¡pero si en Italia las tenemos desde hace cien años por lo menos! En el mercadillo de beneficencia del Parque del Principi compré una plancha de hierro, del siglo XIX -la utilizamos como florero.» «En cualquier caso, mi polaca sabe hacer de todo: lava, quita el polvo...; mi casa es un espejo, las otras que tuve eran muy sucias; por otra parte, cuando vas al extranjero te das cuenta de que los pueblos subdesarrollados no se preocupan por la higiene, viven en medio de la basura.»

«Debe de ser un hecho religioso», descubrió pensativa la madre de Carlotta, «¿te acuerdas en la India cuánta suciedad? La pobre Lucrecia pilló una hepatitis tremenda, todavía no se ha recuperado.» «Yo no comprendo cómo alguien se puede ir de vacaciones a la India», despotricó una mujer hasta entonces silenciosa, lanzándole a Maja una mirada sombreada de verde. Avejentada, con el pelo veteado de blanco -¿una abuela, tal vez? O no, tal vez era una mujer cínica y espabilada que había tenido a su primer hijo a los cuarenta años, no como ella, que a los veinticinco ya tenía a Camilla. Esta mujer había disfrutado de la vida, había esperado hasta el último óvulo y había hecho bien. A saber quién sería. «¿Por qué los europeos tienen este masoquismo», criticó la cínica, «de ir de vacaciones a sitios donde la miseria se le pega a uno encima? La miseria no es pintoresca, es horrorosa. Es mucho mejor la Polinesia, allí no existen los pobres. O como mínimo las Bermudas, aunque ahora ya no son tan exclusivas. Nosotros este verano vamos a hacer un crucero en velero a las Tonga. ¿Y vosotros, Maja? ¿De nuevo a vuestra villa en la Maremma? Bueno, lo entiendo, es una tontería tirarse doce horas de avión para ir a parar a las Mauricio o a las Andamán cuando uno es dueño de un paraíso que está en la parte trasera de casa.» Maja asintió.